



“El chofer del camión insultaba al del automóvil, y el del automóvil le respondía agitando en alto, hacia atrás, el puño cerrado. . .”

Los albañiles. Vicente Leñero.

La violencia

Es un fenómeno social y cotidiano. Filósofos, sicólogos, antropólogos y demás investigadores de las ciencias humanas se han abocado a su estudio. Estas observaciones lingüísticas, tratan de contribuir a la visión total de este hecho.

El lenguaje violento es de increíble riqueza tanto en su aspecto creador como en el comunicativo. Su penetración es difícil porque en él intervienen el lenguaje articulado y la gesticulación. Esta comprende la cara y todas las partes del cuerpo que son capaces de comunicar algo.

La delimitación del término *violencia* presenta notables dificultades por la cantidad de facetas que tiene. Sin pretender una definición, entiendo por violencia: la actitud humana que busca vencer los obstáculos que se oponen a las ideas o intenciones de los seres humanos. Está motivada por el enfrentamiento del hombre con sus problemas y la manera de resolverlos. Un individuo tiene que ser tan violento para vencer un defecto personal o superar una carencia como para derrocar a un dictador. En los dos casos el sujeto debe salir de su estado habitual de conducta, debe violentarse.

La violencia hace recorrer al hombre, todas sus posibilidades expresivas; puede ser fina, suave, cariñosa:

Agua le pido a mi Dios,
para (pa') regar un plan que tengo;
quiero casarme contigo
pero ¿con qué te mantengo?
sólo que comas zacate
como las mulas que tengo.
o brutal y despiadada:
Pude orientarme y la hallé
en una noche de luna
saqué el puñal, la trinqué,
la escupí, la degollé.

Dicho fenómeno se manifiesta en dos planos: a nivel individual y a nivel colectivo. En el primero intervienen dos elementos: el motivante y el motivado. En el segundo se pueden considerar tres: el motivante principal, el líder y los motivados. Cada uno de ellos utiliza diferente lenguaje para cumplir su función. Mientras el motivante y el líder provocan, los motivados responden a ese planteamiento. El fenómeno violento, pues, está formado de dos partes: estímulo y respuesta. Además, conmueve al hombre en sus mundos interno y externo. Si un ser es agredido, su respuesta, por lo general, es inmediata y superior a la motivación porque rompe su modo habitual de obrar e ignora los hábitos sociales, culturales o religiosos que ordinariamente sirven como dique a sus instintos primitivos.

La historia de la humanidad nos muestra que la violencia se usó y se sigue usando como método de convencimiento con relación a las propias ideas. Es, casi siempre, un oportuno sustituto de un diálogo que resultaría comprometido cuando la propia doctrina resulta no del todo convincente; sin embargo, el aplicarla sistemáticamente como solución a los problemas, acarrea grandes peligros a la sociedad. Ortega y Gasset pensaba que “la civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a *ultima ratio*”. Un pueblo cuyos miembros no sepan oírse unos a otros porque no se consideren intelectualmente completos será un pueblo violento porque cada sujeto se instalará en sus verdades y tratará de imponerlas a los demás a cualquier precio.

El lenguaje

Muchas son las búsquedas que el hombre ha realizado a través de los siglos con relación a los secretos del lenguaje, mecanismo asombroso que puede comunicar con unas cuantas sílabas un número casi infinito de ideas. El médico español Juan Huarte de San Juan, escribía en su tiempo: “El entendimiento es potencia generativa y tiene virtud y fuerzas naturales de producir y parir dentro de sí un hijo, al cual llaman los filósofos naturales *noticia* o *concepto* (. . .) Las inteligencias humanas normales son tales, que con sólo el objeto y su entendimiento, sin ayuda de nadie, paren mil conceptos que jamás se vieron ni oyeron (. . .) inventando y diciendo lo que jamás oyeron a sus maestros, ni a otro ninguno.”

Posteriormente se pensó que el lenguaje se realizaba en el entendimiento al mismo tiempo que la oración lo reflejaba efectivamente en la forma de una señal física.

En la actualidad, los lingüistas, entre ellos Chomsky, confiesan que hay un abismo entre la realidad del fenómeno lingüístico y los

Las emociones y la gesticulación

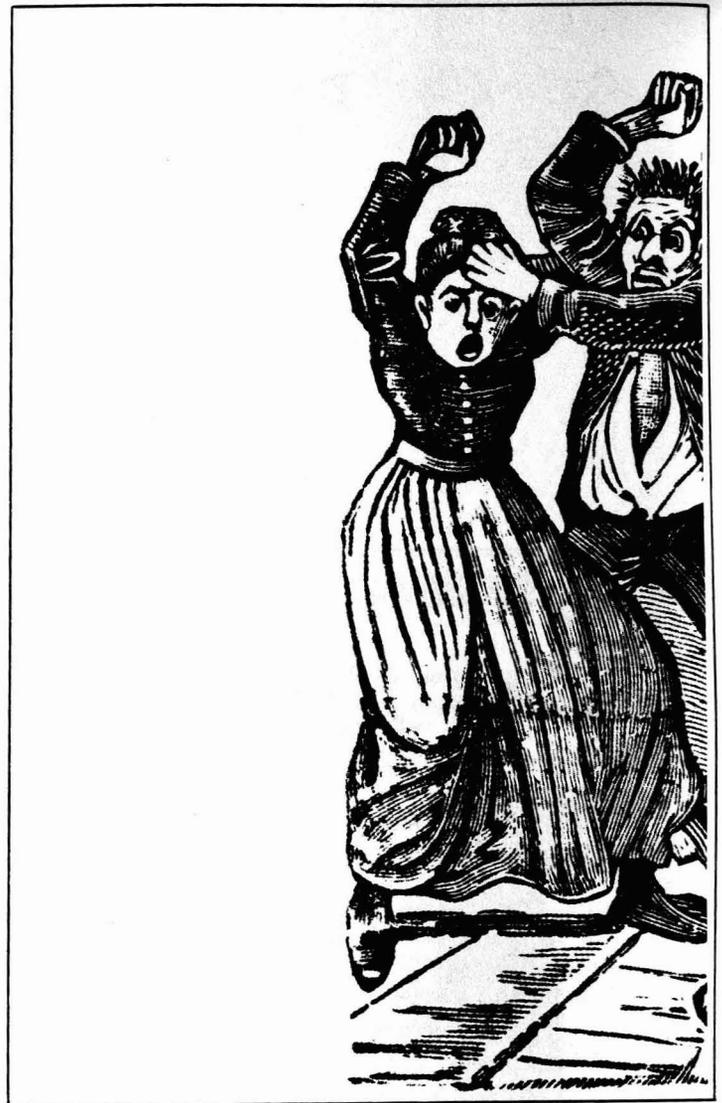
Los acontecimientos externos llegan al interior de los seres humanos por medio de las percepciones y provocan, a su vez, emociones que se exteriorizan por elementos comunicativos. Con un criterio amplio, se puede pensar que el lenguaje se compone de todo aquello que sirve para manifestar una emoción interior.

Gregorio Marañón ha analizado en tres momentos una emoción: la idea, sensación o recuerdo que sirven de eje; la conmoción vegetativa; y el gesto, con el que se manifiesta la emoción. La correspondencia entre emoción y gesto es tan perfecta que puede darse el fenómeno en sentido inverso. Así por ejemplo, en una reunión bastará que una persona dé muestras de asco hacia algún alimento para que otras personas experimenten la misma sensación. Lo mismo sucede con el terror, la alegría y, más comúnmente, con los fenómenos de la tos o el bostezo.

El lenguaje gestual envuelve a todo el cuerpo y es altamente expresivo. Su presencia en la humanidad ha sido constante: en los tiempos prehistóricos por medio de la magia y en los actuales a través de los nuevos medios de comunicación. Juega, además, un papel decisivo en la conducción de los conglomerados humanos porque los gestos, más que las ideas, arrastran a las masas. Un individuo que está formando parte de una multitud, cede su capacidad de discernimiento a la emoción colectiva. Muchas personas que en forma individual obran juiciosamente, proceden de distinta manera bajo el influjo de una reunión emotiva.

El gesticulador o líder que provoca reacciones —y la violencia es una reacción— utiliza un lenguaje gestual minuciosamente estudiado. Se rodea de gestos: teatraliza sus acciones y su vida por medio de propaganda, usa cartelones, lemas, gritos, mítines en los que menudean las frases ampulosas y vacías, acompaña sus palabras con desplantes y ademanes porque sabe que las emociones que busca despertar en sus oyentes están sometidas al juego de estímulo—respuesta y los estímulos los percibe el hombre por los sentidos. Huarte de San Juan hablaba ya, del “meneo y los gestos (. . .) las subidas y bajadas de voz, el enojo y el apaciguamiento, el hablar despacio y otras veces de prisa, el encoger los brazos y desplegarlos, el reír y llorar y dar una palmada en buena ocasión. . .” como elementos necesarios para que emocione el discurso.

La penetración que logra este lenguaje es muy profunda. Puede crear una conducta colectiva y aun cambiar el modo de pensar a una persona o a un pueblo. Indudablemente influyó mucho a formar la mentalidad agresiva y destructora del periodo nazi: la profusión de banderas, la forma de marchar, la música grandiosa, los largos discursos, el tono de voz, las vestimentas militares; en fin, todo ese aparato gestual que hablaba, constantemente y en todos los tonos, de agresividad, de guerra y de preponderancia.



Otro campo social sometido en gran medida a este lenguaje es el militar. Ahí impera el gesto en todo su esplendor. Las vestimentas se cargan de insignias, todo habla de autoridad, de sometimiento; actitudes de tensión, ejercicios exactos, órdenes que se dan a gritos. La disciplina y el arrojo en la lucha dependen de la gesticulación en todas sus formas. La historia nos cuenta de batallas perdidas por haber caído el soldado que rítmicamente, con un tambor, animaba a sus compañeros. Si la violencia colectiva carece de constante motivación gestual, muere; porque ella mantiene la unión entre los elementos de un conglomerado y su ausencia devuelve a cada miembro de la masa su individualidad.

No es ocasional, por otro lado, la presencia de los gestos en nuestra vida humana. Algunos autores han opinado que juntamente con las interjecciones fueron el origen del lenguaje articulado, y que en los gestos anunciativos o simbólicos está la diferencia entre el hombre y el animal, porque para producirlos, es necesario tener la posibilidad de abstraer.

Casi siempre palabra y gesto se complementan porque manejan elementos comunicativos distintos. Corresponden a la palabra: el tono, el tempo, la tensión; pero sólo puede producir sonidos sucesivos. El gesto, por otra parte, se expresa con los sentidos externos, las poses y movimientos del cuerpo; además son intuitivos, o lo que es lo mismo, no precisan de continuidad. Algunos de ellos, comunicativos, son universales. (El turista que desconoce la lengua del país que visita, los usa como lenguaje); otros, los



emotivos, sólo funcionan, en la mayoría de los casos, entre un reducido número de hablantes. (Sacar la lengua ante otra persona, en nuestra cultura es un signo jocoso, de desprecio o de burla; entre los habitantes del Tíbet, es un saludo habitual). En ocasiones, llegan a suplir por completo al lenguaje articulado. Por ejemplo, las viudas de las tribus Warramunga de Australia, deben guardar silencio durante un año a partir de la muerte de su esposo y recurren a los gestos para comunicarse. En la cultura contemporánea los ejemplos más palpables de la utilidad, rapidez y totalidad del lenguaje pantomímico los tenemos en Charles Chaplin y Marcel Marceau.

En general, los gestos, lingüísticamente hablando, no representan signos abstractos que correspondan a los sonidos en la lengua; son expresiones contextuales menos combinables que las palabras, ya que su división en unidades mínimas es imposible. Se sirven de una sintaxis yuxtapositiva y con orden progresivo en la que cada gesto debe ser inteligible en sí mismo o por su relación con el signo anterior o el que le sigue.

Para dar varios significados o matices de un comunicado, el lenguaje gestual no utiliza procedimientos morfemáticos sino que lo hace con sistemas léxicos yuxtapositivos. Así para dar la idea de amar, tiene un símbolo; pero si desea añadir idea de mandato o súplica, añadirá otro símbolo más y este procedimiento se repite para cada nuevo significado.

El lenguaje violento

Todos los elementos lingüísticos que se han analizado a lo largo de este trabajo se conjugan en este tipo de expresión. El lenguaje violento es un movimiento en constante creación. En él, palabra y gesto dialogan, se complementan, se suplen y dan una impresión orquestal. Si la emoción violenta es una de las que más conmuevan al hombre, debía de dar —como de hecho lo da— un fruto igualmente rico e intenso. Es un lenguaje altamente emotivo. Hasta la más fina ironía busca comunicar una emoción intensa. Las palabras y los gestos están preñados de significaciones. La precisión conceptual sufre. Las palabras adquieren dos, tres o más significados a la vez (doble sentido) y llegan a alejarse tanto de su comunicado original que quien no esté enterado de los mecanismos violentos que usan, pierde la relación que hay entre lo que se dice y la significación real que se busca. En México, por ejemplo, en determinadas ocasiones, la correcta frase: “Salúdame a tu mamá” tiene un significado altamente ofensivo.

Los investigadores han encontrado que las mujeres, por lo general, se expresan con más violencia que los hombres. Quizá su mayor capacidad emotiva contribuya a esto. Mariano Azuela escribió en una de sus novelas: “. . . y La Pintada insultó a Camila, a Demetrio, a Luis Cervantes y a cuantos le vinieron a las mientes, con tal energía y novedad, que la tropa oyó injurias e insolencias que no había sospechado siquiera”.

La intensidad de la emoción se manifiesta en el lenguaje agresivo por muchos matices que son los que producen los cambios semánticos y gramaticales. Vocablos que estaban unidos, se separan; palabras con escasa significación, la aumentan; nombres de una realidad, pasan a designar otra, porque el vulgo — dueño, creador y señor del lenguaje violento— las aplica como mejor le viene en gana. El mundo de los hombres, de los animales y los objetos se conjugan en un caos ilógico. Propiedades y defectos de unos, se les aplican a los otros; y por medio de la “magia verbal” llegan a transformarse los primeros en los siguientes, y viceversa, con la mayor naturalidad. Es un lenguaje cargado, emocional y que sustituye a la agresión física. No designa realidades lógicas o físicas, aunque a veces lo haga, sino deseos de dañar al adversario; y en esto tiene indudables relaciones con los sueños.

Al lenguaje violento no le preocupan las prohibiciones sociales; al contrario, agrade basándose en los valores sacralizados por las costumbres: lo sexual, lo religioso, la familia, etcétera, y utiliza tres procesos lingüísticos para hacerlo: *el eufemismo* o sea el disfraz de la ofensa; *el disfemismo*: se sustituye un término normal por una expresión peyorativa; y *la injuria*, o sea la ofensa directa.

Con estos métodos, el agresor convierte a su oponente en algo prohibido basándose en la “magia de la palabra”. Este proceso consiste en la identificación directa del símbolo lingüístico (la

palabra) con el referente (la cosa) y excluye el concepto que produce la mente humana. El que agrade, transforma a la palabra en la cosa; el ofendido, a su vez, recibe la ofensa en el mismo plano, olvida que no porque el provocador afirme algo, eso sea realidad; por esta razón, la respuesta a la injuria es también rápida y fulminante. Ambos penetran al plano de la “magia verbal”. Así, todos los miembros de una sociedad evaden pronunciar estas palabras o nombrar estas realidades. Sólo la situación violenta logra romper esta barrera.

Las expresiones que se refieren a los valores prohibidos se convierten rápidamente en clichés, pero la mayoría de las veces se suplen por eufemismos —que más sugieren, que dicen— evitando de esta manera las sanciones sociales.

Las formas injuriosas son pocas si las comparamos con el número de eufemismos, cuya proliferación pueda deberse a la constante tensión que existe por un lado de esconder lo prohibido y por otro la necesidad o el gusto por decirlos.

Los eufemismos, por su imprecisión semántica, hacen muy difícil su estudio; las injurias, por lo contrario, tienen un significado directo y obvio. El fin de éstas es ofender al oyente de manera brutal. Expresan ira, deseo de denigrar, de herir. Se pronuncian solamente cuando se está fuera de sí. Cada letra lleva una modulación especial que da a entender una carga muy grande de odio o desprecio. Son palabras que aprende el niño con el lenguaje ordinario, pero no en su sentido semántico sino en su contexto violento y así se van transmitiendo de generación en generación.

Dentro de las injurias también hay grados. Unas mantienen su sentido original; y otras lo mitigan por reducciones fonéticas, desviación de su significado original o también por otras razones, pero mantienen su aspereza ofensiva.

Los clichés injuriosos difícilmente cambian, a diferencia del eufemismo y el disfemismo, y se debe principalmente a que nombran los valores prohibidos de una sociedad, y éstos rara vez cambian.

Estas expresiones terribles, las injurias, suelen también usarse como muestras de cariño y estimación —los extremos se tocan— en algunos niveles culturales o hablas familiares. Frecuentemente pueden escucharse palabras que por lo general se usan para agredir como expresiones afectivas. Esto parece confirmar la creencia de que la intensidad de la expresión injuriosa le viene de la magnitud de la emoción, y que ésta puede ser de ira, de alegría u otro sentimiento.

Los términos injuriosos, antes de desaparecer, pierden paulatinamente su brutalidad debido a su constante repetición como términos festivos o cariñosos. Entonces se vuelven ineficaces para lo que se crearon. Llega un momento de desgaste lingüístico en el que nadie las tiene por ofensas, y ante el empuje de nuevos términos, mueren.

